

La guerra secreta

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 10.01.10

Que a estas alturas, pasados más de ocho años del 11-S, el presidente de Estados Unidos tenga que declarar que la seguridad del país no ha sido debidamente protegida contra el terrorismo internacional islamista, que ocasionó la terrible tragedia de las Torres Gemelas de Nueva York, roza el escándalo y es un aviso de alarma que debería merecer especial atención en gran parte del mundo, especialmente en el occidental. El rey de España lo hizo muy acertadamente el pasado miércoles cuando advirtió que nuestro país debería prepararse para "amenazas complejas e inciertas".

Cuando el Gobierno español comienza el semestre en que le corresponde la presidencia de la Unión Europea viene muy a propósito el llamamiento real, porque este peligro atañe directamente a Europa. Y respecto a él, España ocupa un lugar de primera línea. Se impone, en los dos ámbitos, discernir lo esencial. Y actuar, en consecuencia, con decidida voluntad común, habida cuenta de que el terrorismo islamista ya ha golpeado duramente en el 11-M de Madrid y en el 7-J de Londres.

Desde el 2001, decenas de miles de soldados estadounidenses combaten por esta razón en Afganistán. Acción bélica en la que participan varios países, entre ellos España. Es una guerra confusa en su planteamiento, indefinida en su fin. Se le llama no convencional, asimétrica por darle algún nombre a lo que malamente lo tiene apropiado. Allí se combate contra dos enemigos endiabladamente

difíciles de vencer con los medios de ejércitos modernos: los talibanes y Al Qaeda. No es una guerra en la cual prevalezcan los recursos de la táctica, la estrategia y hasta el armamento de ejércitos regulares actuales. Se lucha con un enemigo imprevisible, frecuentemente ilocalizable. Por ello los servicios secretos, arma imprescindible en todos los enfrentamientos bélicos, lo son de manera esencial en este caso.

Realidad esta que, aplicada a la lucha contra el terrorismo de Al Qaeda y sus múltiples ramificaciones y franquicias internacionales, pasa a ser prioritaria. Es la guerra sin nombre, secreta, inopinada y multifacética, que requiere combatirla penetrando en la intencionalidad de la sorpresa, en la variedad de lo que tiene una infinidad de rostros. Es decir, se trata ante todo de descubrir quién es el enemigo, dónde está, cómo, cuándo y dónde atacará. Su identidad, el complejo organigrama de sus células, activas o en estado de latencia. Una tarea que incumbe a los servicios secretos, sobre los que cae la responsabilidad esencial. Se convierten en el arma más poderosa, más eficaz. Sin ella, la guerra sin nombre está de antemano perdida.

Por ello, que el presidente Obama declare sin paliativos que los servicios de seguridad han fallado, que la CIA y los otros 19 organismos civiles o militares norteamericanos encargados de la guerra secreta no están a la altura de su misión, produce una impresión de estar al descubierto, de que la guerra de nuestro tiempo se está perdiendo.

En el mandato presidencial de Bush la guerra oscura contra un enemigo parapetado a su vez en la oscuridad tuvo un papel privilegiado. Se concedió tanta licencia en su operatividad que degeneró en degradada guerra sucia. El tremendo impacto emocional del 11-S ocasionó que el

Congreso estadounidense aprobara la Patriot Act, una ley que dejaba manos libres para la práctica indiscriminada de secuestros, detenciones, encarcelamientos sin protección legal alguna, torturas, el trasiego de prisioneros a terceros países sin ninguna garantía sobre su tratamiento. También el establecimiento de escuchas y controles indiscriminados.

La seguridad se antepuso a la legalidad de forma bochornosa. Se ha alegado que así Estados Unidos ha estado libre de nuevos ataques terroristas. Pero de pronto, el fallido atentado en un avión que volaba de Amsterdam a Detroit, impedido por el valor de un pasajero holandés, pone en carne viva el temor de la indefensión. Y, lo que es peor, si cabe, en un lugar de Afganistán, siete agentes de la CIA fueron asesinados el 29 de diciembre por un supuesto confidente jordano de quien esperaban, reunidos, que les revelara el paradero del segundo jefe de Al Qaeda, Ayman al Zawahiri. Claramente se descubre que hay en los servicios de seguridad norteamericanos un grave defecto de eficacia.

No sirven los ejércitos y sus sofisticados medios como los aviones sin piloto si no hay un previo conocimiento del enemigo y el medio en que actúa. El saber hacer, la capacidad de entender qué terreno se pisa, contra quién se combate y por qué lo hace. En qué medio ha nacido y se ha formado y qué obsesiva interiorización de una fe interpretada con odio y en busca del martirio lo llevan a matar mediante su propio suicidio. No basta hacer acertadas interpretaciones más realistas sobre cuestiones de poder y hasta de lucro por parte de dirigentes criminales. Y la conveniencia y la propiedad de evitar el concepto de choque de civilizaciones no excluye que mundos muy distintos se encuentren problemáticamente después del largo paréntesis absorbente del enfrentamiento ideológico y de poder que fue la guerra fría y bajo las

consecuencias, en tantos casos conflictivas, del proceso de descolonización. Así, Obama -y con él el mundo occidental y hasta gran parte del que no lo es- se encuentra ante el apremio de una desconcertante encrucijada.